

## **Reseña histórica de la antropología francesa de finales del siglo XIX**

Historical review of the French anthropology  
of the end of the XIX century

Eloy Armando Vera Medina\*  
*Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa*

Sixto Jhon Arapa Villanueva\*\*  
*Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa*

### **Resumen**

Existen dos personajes muy importantes en la producción intelectual de la antropología en la Francia de fines del siglo XIX, nos estamos refiriendo al médico y naturalista Pablo Topinard y al médico y frenólogo Paul Broca. Estos dos científicos, de lejos los más destacados de aquella época, son autores de ideas innovadoras para aquellos tiempos, tales como la consideración de que el hombre es una de las muchas especies que habita la tierra. En estas ideas observamos implícita la noción sostenida de la evolución; asimismo, vemos al ser humano siendo objeto de una clasificación biológica que lo diferencia de las demás especies. Existe, claro, en esta literatura la supremacía biológica y cultural del hombre europeo, aquel que en el marco del desarrollo neocolonial, busca justificar la

---

\* Licenciado en Antropología y docente en la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa. Ha realizado estudios en Segunda Especialidad de Antropología Física-Forense, y también culminó estudios de Maestría en Gerencia Social y Recursos Humanos (UNSA). E-mail: eaveram69@hotmail.com

\*\* Licenciado en Antropología, Magíster en Gestión Social y Desarrollo Sostenible, y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa y Docente Principal en la misma universidad. E-mail: jhonarapa@hotmail.com

intervención del “hombre blanco” sobre aquellos que aún considera “salvajes”.

*Palabras clave:* antropología en Francia, Pablo Topinard, Paul Broca, naturalistas del siglo XIX.

### Summary

There are two very important names to the French anthropology of the end of the XIX century. We are of course referring to the doctor and naturalist Pablo Topinard, and to the also doctor and phrenologist, Paul Broca. These scientists, by far two of the most reputable of their time, are the authors of what were considered quite innovative ideas, such as the concept that humans are just one of the many species that inhabit the planet. In these ideas we can detect the implicit notion of evolution. Also, we can see humans being the object of a biological classification that sets them apart from other species. We also find in their work, of course, talks of the biological and cultural supremacy of the European man; the same that in the context of neocolonial expansion looks to justify the interference of the white man on the lives of those who he still considers “savages”.

*Key words:* anthropology in France, Pablo Topinard, Paul Broca, naturalists of the XIX century

### Reseña histórica

El Dr. Pablo Topinard fue el fundador de la antropología en la Escuela de los Estudios Superiores de París, además de “conservador de las colecciones de la Sociedad Antropológica de París, secretario de la *Revue D’Antropologie*, miembro honorario de la Sociedad Italiana de Antropología, premiado en la Academia de Medicina con medalla de oro en 1861” (Topinard, 1878, p. 5). El ilustre pionero de la antropología física–forense, acostumbraba reconocer la gran influencia en su actividad científica de un gran maestro llamado Paul Pierre Broca. En la dedicatoria de uno de sus tantos trabajos decía:

Al profesor P. Broca. Mi querido maestro; permitidme dedicaros este modesto manual. Es el fruto de vuestras lecciones, y espero contribuirá a extender la afición hacia esta ciencia del hombre, por la cual tanto nos interesamos, y de la que sois el representante más autorizado. Habéis sido el primero que me ha impulsado por el camino de la antropología; me habéis guiado con vuestros consejos y animado con vuestra benevolencia. Os lo agradezco de todo corazón. Vuestro afectuoso discípulo, Pablo Topinard. (Topinard, 1878, p. 8)

Vemos que le muestra un afecto sin límites, al punto de darle la connotación de “maestro”, adjetivo reservado sólo a aquellos que no solamente influyen en el desarrollo profesional sino también en el humano. Estos dos personajes estuvieron “encadenados” por un sentimiento común y por un mismo amor: la antropología. Desde aquellos tiempos (1878) la antropología en Francia era considerada una rama de las ciencias sociales que trataba acerca del hombre y de las razas humanas. Así se puede explicar que los trabajos de Paul Topinard abordaron al ser humano como un grupo zoológico dividido en “razas humanas”.

El estudio del hombre fue analizado por Topinard desde el punto de vista animal, mental y social. Aportes importantes obtuvo de la ciencia arqueológica y de la lingüística. Topinard, como médico, estuvo muy vínculo con la naturaleza humana. Compartía la misma formación que su mentor Broca y muchos otros (desde los naturalistas de la Ilustración del siglo XVIII) que supieron imprimir ideas a lo largo del desarrollo de nuestra disciplina, hasta la actual antropología física–forense.

Como ya se dijo, Topinard compartía las mismas ideas con Paul Broca. Ambos decían que la antropología era la última de las disciplinas de las Ciencias Naturales que se había desarrollado. Para ese entonces, esta ciencia llamaba la atención del público científico. Antes de ellos la antropología apenas contaba con unos pocos adeptos.

Desde 1749, aquella época en donde destacan los estudios de Georges Louis Leclerc, más conocido como el Conde de Buffón (naturalista, botánico, matemático cosmólogo y escritor), los antecedentes antropológicos siempre habían tenido en cada

generación un conjunto de personajes científicos que gustaban de estos estudios, como importantes naturalistas y anatomistas; todos estos hombres dedicados a la investigación y cuya contribución aún no se valoraba formaban, en cierto modo, un grupo selecto o de elite, con algunos pocos seguidores y lectores. En cierto modo, carecían del público de hoy.

Topinard manifiesta que la nueva era para lo que posteriormente iba a ser la antropología se abre en 1859 con de la fundación de la Sociedad Antropológica de París (Topinard, 1878). Ya previamente existían sociedades etnológicas como la de París, Londres o Nueva York, las cuales empezaban a estudiar la diversidad física y cultural del hombre, pero no pudieron extender su influencia sino a un círculo muy limitado.

Cuando en 1848 se cerraron las reuniones de la Sociedad Etnológica de París, olvidaron las ideas hasta ese entonces propuestas. Esto permitió que un grupo de hombres, entre ellos Paul Topinard, decidiesen fundar una sociedad dedicada al estudio del hombre y de las razas humanas. Después de algún tiempo de conferencias y reuniones; diecinueve fundadores deciden contribuir con su nombre a este esfuerzo (Broca, 1878).

Sucedió lo que se pensaba y esta fundación obtuvo un éxito pronto e inesperado. Esta nueva sociedad amplió los estudios del programa etnológico agrupándolas al de las razas humanas, la medicina, la anatomía comparada, la zoología, la arqueología prehistoria, la paleontología, la lingüística y la historia; dando como resultado el designar con la palabra “antropología” a la ciencia cuyo dominio se encontraba en cultivar y combinar las disciplinas antes mencionadas. A partir de aquí, y durante buena parte del siglo XX, los clásicos de la antropología van a ser personajes provenientes de diferentes disciplinas (Topinard, 1878).

La etnología era hasta ese entonces una disciplina poco focalizada, como bien sabemos; la antropología, por el contrario, hacía un llamamiento a los hombres de ciencia más diversos. De esta manera reclutó a médicos, naturalistas, arqueólogos, lingüistas, entre otros, dispuestos a contribuir, cada cual en su disciplina, con materiales útiles. De esta manera podemos explicar la difusión

de los estudios antropológicos, que promovió –así mismo– un rápido aumento del número de hombres científicos dedicados a esta nueva ciencia.

Este movimiento, nacido en Francia, se propagó inmediatamente a todos los países; marcó el inicio del surgimiento de muchas sociedades de antropología fundadas con las mismas bases de la progenitora. La antropología empezó a tener el casillero que le corresponde a la par de las demás disciplinas científicas. De tal manera que para finales del siglo XIX, los adherentes ya no eran cientos sino miles, lo que se tradujo en producción de investigaciones, y esto, a su vez, quedó manifiesto en la confección de tratados elementales de antropología. Uno de aquellos escritos es el de Carlos Bogót, llamado *Lecciones acerca del hombre*; tiene importancia también aquel tratado de Omalius D’Halloy, llamado *Las razas humanas*, y muchos otros. Todos estos trabajos manifestaban las primeras definiciones e interpretaciones académicas de la antropología, definiciones como esta:

La antropología es la ciencia que tiene por objeto el estudio del grupo humano, considerado en su conjunto, en sus detalles y en sus relaciones con el resto de la naturaleza. La antropología es una ciencia pura y concreta cuyo fin es el conocimiento completo del grupo humano considerando: a. En cada una de las divisiones típicas (variedad, raza, especie, comparadas entre sí y en sus medios respectivos). b. En su conjunto y en sus relaciones con el resto de la fauna. La antropología es la historia natural del hombre hecha monográficamente, como lo comprendería un zoologista al estudiar un animal. (Ortíz, 1975, p. 66)

Ninguna ciencia tan jactanciosa para manifestar lo siguiente:

El hombre pertenece por completo a la antropología. Nadie sería capaz, de dividir el estudio de un animal en dos partes, y confiarla a hombres inteligentes de distinta clase, los unos que se limitasen a los caracteres anatómicos y fisiológicos ordinarios; y los otros a los instintos y demás manifestaciones nerviosas. No era posible que la antropología se mutilase y dividiese en dos secciones, una para los hombres de ciencia y otra para los filósofos; a unos y a otros faltaría un origen esencial de luz. La división sería un contrasentido; el cuerpo y el espíritu están indisolublemente ligados como la mate-

ria y sus propiedades. Animal o humana, la organización obedece a las mismas leyes, está compuesta lo mismo, funciona de la misma manera. Interesa tanto al antropologista conocer el modo de vivir, de pensar o de asociarse de los hombres, como el de respirar o de andar. (Broca, 1878, p. 103)

En la actualidad, a esa integralidad de conocimientos la calificaríamos como holística. Para los franceses de aquella época, el dominio antropológico no sólo estaba en la morfología y anatomía comparada del hombre, ni en las diversas ramas de las ciencias médicas; también se encuentran la etnografía o la descripción de los pueblos, todo lo relacionado con los viajes o procesos migratorios, la geografía, lo que concierne al pasado de la humanidad, la historia, las tradiciones, la lingüística, la arqueología, la geología, además del derecho y las artes. Hacia 1870, el abogado y antropólogo León Guillard manifestaba que nuestra ciencia debía nutrirse del estudio del derecho comparado.

En cuanto a la etnografía, esta palabra fue empleada por primera vez en 1826 por Balbi en una obra cuyo título es *Atlas ethnographique*. En 1865 James Hunt consideraba a la etnografía como un sinónimo de antropología descriptiva de las razas humanas. En 1866, Paul Broca escribía:

La descripción particular y la determinación de estas razas, el estudio de sus analogías y diferencias, bajo el punto de vista de la constitución física como de su estado intelectual y social, la investigación de sus afinidades actuales, de su distribución en el presente y en el pasado, de su papel histórico, de su parentesco más o menos probable, más o menos dudoso, y de su posición respectiva en la serie humana, tal es el objeto de la parte de la antropología que se designa con el nombre de etnología y cuyo principio descriptor de los pueblos se llama etnografía. (Broca, 1878, p. 84)

En aquellos momentos, es decir, finales del siglo XIX, y respecto al papel de la antropología en la investigación del ser humano, ya se hacían juicios de valor respecto al ejercicio de la ciencia. Se decía que el estudio de la antropología exigía ante todo un espíritu tranquilo, exento de preocupaciones, y que sólo rinda culto a la verdad. Se hablaba de que los antropólogos son juez y parte, referido a que los hechos antropológicos tropiezan algunas

veces con detalles de fe que los doctos en religión han creído (y siguen creyendo) necesarios para el mayor bien de la humanidad.

Asimismo, en aquellos años, aún estos personajes reflejaban cierta supremacía a través de sus juicios, tal es el caso de la siguiente expresión:

Lo que somos, lo que hacemos y lo que pensamos, es siempre lo bello, lo bueno y lo verdadero. Nuestro tipo físico es lo más aproximado a la perfección; los que tienen la cabeza redonda, o que creen tenerla, aseguran que es la mejor formada. (Topinard, 1878, p. 97)

Se percibe cierto comportamiento de superioridad frente a grupos alternos o no europeos. Y ni que hablar de interculturalidad, de simetría de culturas; pues sostenían el siguiente juicio: “en el orden intelectual, es mucho peor; nuestra forma de civilización es la única que merece este nombre, las demás son bárbaras” (Topinard, 1885, p. 156). En el orden político, vemos que justificaban los intervencionismos de potencias europeas a pueblos que consideraban inferiores o incultos:

Actualmente los pueblos civilizados van sustituyendo a las razas salvajes o imponiéndose a las menos belicosas. Para conseguirlo tienen que elegir entre dos sistemas: aniquilarlas o anexionarlas. Lo segundo sólo puede realizarse en el caso de comprender su carácter peculiar, sus aptitudes y hasta la naturaleza de su sangre. Nuestra administración debe penetrarse de esta verdad si quiere asimilarse la raza indígena de la Argelia, la raza bárbara; muy distinta a la raza árabe, necesita ser tratada por medios diferentes. La antropología es la que enseña a conocer una y otra”. (Topinard, 1885, p. 176)

Esto último pone de manifiesto cómo la ciencia antropológica también fue utilizada, al igual que ahora, como una herramienta para conocer a los pueblos y justificar el colonialismo de aquel entonces, y el imperialismo o la globalización de hoy.

El hombre logró por aclimatarse en todas partes a fuerza de perseverancia. Unos seres humanos sucumben en un país, mientras que otros prosperan en un territorio de similares condiciones al anterior. Siguiendo ciertos preceptos las dificultades son menores. Es indudable que el hombre, en virtud de cierta educación, de cruzamientos determinados por las leyes de la herencia; puede

modificarse en las generaciones sucesivas tanto en lo físico como en lo moral. Según la naturaleza de sus instituciones, irá degenerándose o perfeccionándose.

Finalmente, la antropología, como se veía hace muchísimo y como se ve hoy, no es una ciencia de lujo. Puede conducirnos a las experiencias y aplicaciones más inesperadas y fecundas que los conocimientos humanos pueden mostrarnos en el futuro de la humanidad. Todas las disciplinas encuentran en la antropología algo que utilizar en su provecho.

El hombre es parte de una progresión continua desde organismos inferiores hasta los más elevados. En el hombre existe una gradación o sucesión de los diversos tipos de animales, refleja una fuerza organizadora que se manifiesta en el curso de las edades de la tierra, y en todos los sentidos imaginables. Los naturalistas opinaban que los seres se presentaban como si se derivasen los unos de los otros, y que hay muchos vacíos que llenar. Cada día van disminuyendo los misterios de la humanidad en virtud de los descubrimientos inesperados, la naturaleza “no da saltos”. Los naturalistas lo explicaban así:

La manera de transformarse las aletas natatorias de los peces en miembros encorvados en el mismo sentido, como en la tortuga, después en direcciones opuestas, como en el hombre; o de dividirse en columnas óseas longitudinales, que adquieren mayor grosor, o se atrofian para formar la pata del perro, del jabalí, del caballo, o del gorila. (Topinard, 1878, p. 198)

La determinación de una clasificación taxonómica obligaba a observar las dificultades que experimentaban los naturalistas al circunscribir con exactitud los límites de las divisiones en la clasificación, y al dar a cada uno el título jerárquico que le conviene; lo que para alguno era “familia”, otro lo consideraba como “orden”, y lo que es “género” se tomaba como “especie” o a la inversa. Para muchos, las clasificaciones respondían a los grupos naturales que se ven con los “ojos del entendimiento”, aunque no puedan ser bien legitimados (Topinard, 1878). Evidentemente, las clasificaciones son medios artificiales. La naturaleza no ha formado clases, órdenes, familias ni géneros, sino únicamente individuos. No obstante, las

clasificaciones son importantes, preciosas y hasta indispensables ya que facilitan el estudio, reúnen a los seres de un modo generalmente natural, y establecen los límites de los progresos de las diferentes especies, en especial la especie humana.

Respecto a algunas manifestaciones culturales del hombre en aquella época decimonónica, el hombre extraño a la cultura occidental era exhibido como personaje de zoológico, por lo tanto había un uso irrestricto del término “salvaje”:

Los salvajes más inferiores conocidos tienen algunas nociones de dibujo; saben hacer por lo menos una cruz o un redondel a imitación de los objetos que tienen a la vista; por nuestra parte no damos mucho crédito al hecho referido por Oldfield [Thomas Oldfield, zoólogo británico], de que los habitantes de la Australia occidental no sabían distinguir la figura de un árbol de la de un navío; en la misma región otros viajeros han notado, por el contrario, cierta capacidad intelectual en estos mismos indígenas; debía tratarse de un caso particular que fácilmente halaría su explicación. (Broca, 1878, p. 107)

La interpretación y el punto de vista de la familia en los estudios franceses y/o europeos antropológicos de aquellos años carecían del propósito multicultural integrador de hoy en día; aún se evidencian los discursos de la supremacía cultural y biológica del europeo de aquel entonces. Las siguientes líneas expresan esas ideas:

Respecto a la familia, en nada se distingue el hombre de los animales [se refiere al “salvaje”]. Es monógamo o polígamo y la mujer poliándrica como aquellos. El gorila y el chimpancé son monógamos, muy celosos de la fidelidad de sus hembras y cariñosos para con ellas. El hombre se une del mismo modo sin escrúpulo con sus allegados, prodiga sus atenciones y su amor a sus hijos más allá de la época de la lactancia, y hasta que estos puedan valerse a sí mismos. Si prolonga estos cuidados después de la pubertad, es por los hábitos sociales. Las ceremonias que acompañan el paso de la infancia a la edad adulta, marcan en todas las tribus salvajes el momento en que el hombre adquiere su independencia. La mujer salvaje pare sola y sin ningún auxilio, como sucede en los animales; el padre es el dueño de la vida de sus hijos, practica el infanticidio cuando le acomoda. (Topinard, 1878, p. 178)

Se estaba de acuerdo en que el hombre tiene el sentido de lo bello y de lo justo, y todos los hombres comprendían la relación de causa y efectos. Asimismo, tienen el don de la espontaneidad, de la voluntad y de la facultad de elegir entre dos razonamientos, siempre refiriéndose al “salvaje”, y siempre comparado con los animales. Quizá la gran influencia de los estudios frenológicos de aquellos años permitió determinar que la “locura” no era un privilegio del ser humano.

El desarrollo de los estudios de la capacidad mental del hombre se hizo a través de las ideas del anatomista Michelle Houzeau, expuestas en los dos volúmenes del libro *Facultades mentales de los animales*. Igualmente importante fueron los estudios de Prichard (no confundir con Evans Pritchard) dedicados a las facultades psíquicas humanas, y desarrollados en su famosa obra *Psychical endonements* (Topinard, 1885, p. 201). Por otro lado, haciendo una comparación entre el hombre y el animal irracional, se concluía lo siguiente:

Más para el antropólogo y el naturalista desinteresados; del hombre al animal, en el cerebro y en sus funciones, todo se reduce a una cuestión de grado. Todas las facultades del primero existen sin excepción, en el último en estado rudimentario, algunas están también en ocasiones muy desarrolladas en ciertas especies, y otras más aún que en el hombre. (Topinard, 1878, p. 256)

Otra de las conclusiones a las que llegaron fue que lo que constituye la supremacía del hombre en el orden intelectual, su razón y su inteligencia, no constituyen facultades exclusivamente humanas. El carácter principal del hombre es la compensación rigurosa más que la multiplicidad de sus facultades cerebrales, o el sumo desarrollo de algunas.

Una capacidad eminentemente humana, es la facultad del lenguaje. En los últimos años de la Francia del siglo XIX se llegó a la conclusión de que la palabra es el resultado de una serie de operaciones fisiológicas que residen en los lóbulos cerebrales, y cuya perfección depende de la integridad y grado de desarrollo de los órganos correspondiente a la emisión del lenguaje. Se decía que el animal tiene ideas y la facultad de expresarlas por medio

de algunos sonidos más o menos articulados, pero en un estado rudimentario. En el caso del hombre, esta facultad ha adquirido grandes alcances, sus ideas se han incrementado a través del tiempo debido al desarrollo cultural, su centro de expresión se ha perfeccionado con el uso, ha aprendido a controlar nervios y músculos para realizar esta capacidad. En conclusión, la multiplicación de las ideas ha dado origen primitivamente al lenguaje; el lenguaje ha impulsado el desarrollo intelectual.

### Conclusiones

Un gran porcentaje de la teoría de la cultura que hoy se maneja en antropología es de cuño francés. Resulta interesante observar que en plena época de un racionalismo positivista, surjan intelectuales que establecen las bases sólidas del hombre como producto de la evolución, frente a las fuertes ideas religiosas.

A pesar de todo aquello, el hombre de la intelectualidad europea aún no se desprendía de ese etnocentrismo que degenera en un racismo caracterizado por la marginación y la exclusión de los que hasta aquellos tiempos llamaban “los salvajes”. Hoy en día, la antropología es la disciplina científica llamada a resolver esos problemas, que a la luz de muchos parecieran una utopía: la igualdad entre todos los seres humanos.

Todo este desarrollo científico del personaje humano como especie cognoscitiva superior, como elaborador de cultura en toda su diversidad, debieron servir de formación para las futuras generaciones en la intelectualidad francesa. Antropólogos como Lévi-Strauss, Balandier, Mauss, Foucault, y tantos otros, se nutrieron de estas ideas para, posteriormente, desarrollar sus propias teorías.

### Referencias bibliográficas

- |  |   |
|--|---|
| <p>Broca, P. (1878). <i>Mémoires d'anthropologie</i>. París: Typographie a Genuyer (7ma. ed.).</p> | <p>Topinard, P. (1885). <i>Éléments d'Anthropologie générale</i>. Madrid: Manuel Rodríguez Editor.</p>      |
| <p>Ortiz, F. (1975). <i>El engaño de las razas</i>. La Habana: Editorial Torrealba.</p>            | <p>Topinard, P. (1878). <i>Variedades de la especie humana: Razas</i>. Madrid: Manuel Rodríguez Editor.</p> |